

CARTAS ENTRE HERMANAS O UN LIBRO QUE NOS PRESENTA A CECILIA GRIERSON EN LA DINÁMICA DE SUS DIÁLOGOS COTIDIANOS

María Angélica Labiano, 2025. *El viaje de Cecilia Grierson*.
Martínez: Maizal ediciones. 164 p.

Los archivos personales y, como partes de estos, las cartas adquirieron un inusitado reconocimiento en las últimas décadas. Es decir, esos papeles producidos al calor de la intimidad, las urgencias y los saberes de la vida cotidiana y las relaciones afectivas comenzaron a ser contemplados como documentos meritorios de tratamiento archivístico. Sabemos también que la historia de las mujeres, la historia de la vida privada y, en el último tiempo, la historia de las emociones se nutren de estos documentos en general y de los epistolarios en particular. En esta ocasión, haremos foco en los epistolarios. Sin dudas, la escritura epistolar nos conecta con el mundo de las emociones, de las experiencias personales y de los puntos de vista. En este sentido, son cada vez más consultados a los efectos de estudiar cómo las personas se manifestaron en términos emocionales, autorreflexivos y particulares en el pasado. Asimismo, y para nuestra gratificación, cada vez aparecen más conjuntos de cartas en lugares insólitos: valijas, baúles, armarios, tocadores, siempre escabullidos, protegiendo secretos personales, pero a la vez cuidándose de no ser destruidos por los arrebatos de los

herederos. Así, en una vieja valija, en un rollito fijado con alfileres, María Angélica Labiano encontró unas cartas que hoy son el insumo principal de *El viaje de Cecilia Grierson*, libro que recupera veintinueve epístolas escritas por Cecilia durante un viaje que, de acuerdo a las fechas indicadas en los originales, se extendió entre mayo de 1899 y abril de 1900.

Como se trata de un libro que pone a disposición del público lector una serie de cartas acompañadas de un estudio biográfico sobre Cecilia, decidimos escribir una nota crítica sobre él, a los efectos de poner en valor dos aspectos clave: por un lado, recuperar la importancia de las epístolas personales, en este caso escritas durante un viaje, como documentos; por otro lado, reconocer estas cartas como un mirador a partir del cual asomarnos al vínculo entre dos hermanas, Cecilia y Catalina. Ambas separadas por un océano a causa del viaje de Cecilia, utilizaron la correspondencia para mantener una comunicación constante en la distancia. Precisamente, la relación entre hermanas ha sido poco explorada por la historia de las mujeres y esta es una oportunidad exquisita para avanzar en esa dirección.

La idea de esta publicación nace de la inquietud de una de las herederas de Cecilia Grierson, la mencionada María Angélica Labiano. Ella es la esposa de un sobrino nieto de Cecilia y nieto de Catalina, la receptora de las cartas. Si bien María Angélica es administradora de empresas y psicóloga social, tempranamente sintió atracción por estudiar el legado histórico de su familia, reconociendo así la importancia de tener a mujeres de la talla de Cecilia en su árbol genealógico. Aunque los papeles de Cecilia Grierson fueron donados a la Biblioteca de la Universidad de San Andrés, las misivas que salen a la luz en este libro quedaron en la casa familiar. Así llegaron a las manos de Angélica, quien inició, con autorización de su suegra, un meticuloso trabajo de transcripción que despertó su pasión por la historia. En el fragor de la tarea, Angélica devino historiadora autodidacta. Una proyección intuitiva la llevó a contextualizar las cartas a partir de la datación biográfica de las personas mencionadas en el intercambio y la aclaración de expresiones de época o palabras en otros idiomas. Las misivas acopian expresiones en inglés debido al perfil políglota de la autora. Paulatinamente, fue trazando una biografía de Cecilia que dio sentido a los temas tratados en el carteo. Entonces, a resultas de ese trabajo adquirió forma *El viaje de Cecilia...* Cabe preguntarnos quién es el dueño de la historia; ¿alguien con una certificación profesional?, ¿quienes poseen los documentos?, ¿o, quizás, toda persona que necesite trabajar las herencias del pasado para reconocerse en una identidad filiatoria familiar, social, nacional? Natalie Zemon Davis (1998) res-

pondió esta pregunta con argumentos contundentes que, al calor de este nuevo libro, prologamos diciendo que en las aplicaciones cotidianas del pasado la propiedad se democratiza en tanto requiere de un trabajo de apropiación necesario, consensuado, dialógico y sistemático. Justamente, Angélica se vuelve una amanuense que transcribe documentos *a pie juntillas*, para ponerlos a disposición del público lector interesado, pero también del campo historiográfico, en formato editorial.

Ahora bien, yendo su estructura, el libro tratado en la presente nota no tiene índice del contenido, tampoco posee un detalle desagregado en números de las epístolas publicadas. Por eso aquí nos permitimos hacerlo. El contenido se difunde a lo largo de 164 páginas y se divide en dos partes: la primera, ¿Quién fue Cecilia Grierson?, y la segunda, *Cartas de Cecilia Grierson en su viaje a Europa*. De ambos títulos se desprende que, mientras aquella presenta la biografía de la mujer siguiendo el ritmo cronológico de los episodios de la vida (nacimiento, juventud, desarrollo profesional y muerte), esta expone las misivas ordenadas también con criterio cronológico. Como ya dijimos, las únicas intervenciones de Angélica sobre los originales consisten en notas a pie que explican datos biográficos, expresiones de época o palabras en otros idiomas; se suman a esto indicaciones entre paréntesis cuando se trata de dificultades en el trabajo de transcripción de los originales. Por lo demás, las cartas están editadas de manera literal. Al leerlas se hace explícita la capacidad narrativa de Grierson y su capital cultural.

En datos concretos, en el libro pueden leerse veintinueve cartas que Cecilia escribió durante su viaje. La primera misiva data de mayo de 1899 y la última de abril de 1900. Se advierte que el cambio de siglo sorprendió a Grierson viajando por Europa, lejos de su familia y afectos. Sin embargo, esta observación temporal no es advertida por la autora, quien en ningún momento esboza comentarios en relación a ese cambio. Sus preocupaciones son otras: su formación profesional, su proyección laboral al regresar a Buenos Aires, el desarrollo de su trabajo en Europa, los temas familiares y los cálculos económicos durante el viaje. Salpicadas por un temario amplio, veinticuatro de esas epístolas están dirigidas a Catalina, su hermana, secretaria y amiga. Tres son para su hermano David, una para su prima Pepita y una última que, por su tono y temática, parece estar destinada a una institución, aunque no se detallan datos de la recepción. Tres fueron escritas durante el viaje de arribo a Europa, diez en Londres, doce cartas se redactaron en París, dos en Suiza, una en Milán y otra en Lucerna. Sin dudas, Londres, sede del Congreso Internacional de Mujeres, y París, sitio elegido para perfeccionarse en obstetricia y ginecología, fueron las ciudades donde la mujer se hospedó por más tiempo. Con respecto a la extensión de las misivas, Cecilia jugó con la adjetivación; así hay cartas cortas y largas. Mientras que estas últimas son de carácter informativo, las primeras son sentimentales y persiguen el objetivo de saludar para fechas puntuales o marcar presencia escrita ante sus seres queridos en la lontananza.

Personalmente, nos anoticiamos de la reciente publicación de *El viaje de Cecilia...* porque el ocho de julio del corriente año tuvimos la posibilidad de participar de una presentación en la que conversamos con la autora y con la historiadora Marcela Vignoli. La lectura del texto alimentada por ese diálogo permitió organizar dos miradas que expondremos en forma sintética en esta nota crítica. La intención es realizar un juego de enfoques para, por un lado, poner a Cecilia en un contexto en el cual la escritura epistolar era el modo común para efectivizar la comunicación en la distancia y, por otro lado, recuperar en esas cartas la singularidad de esa mujer profesional y viajera. Estas veintinueve cartas son expresión, como señalamos, de una época en la cual este tipo de escritura era el medio de comunicación en la distancia. Cecilia dice en una de sus misivas: “Dirás que soy una vergüenza, que no escribo más a menudo; pero, intenciones no me faltan y más como siempre quiero escribirte una larga carta nunca puedo principiarla por lo cansada que llego, luego aquí hay que escribir a cada rato, primero para saber cuándo te pueden recibir, luego para decir que aceptas el compromiso, etc. y yo estoy hecha una correcta inglesa en cuanto a la etiqueta” (2025, p. 62). En otra agrega: “diariamente tenía una larga correspondencia a hacer” (2025, p. 95).

Grierson emplea las cartas para narrar a su hermana, y por su interpósita persona, a otras, anécdotas construidas al calor del viaje. Las epístolas acompañan su movimiento; así describe puertos, ciudades desde el ojo de buoy del barco y luego, cuando desembarca en Europa,

despliega su periplo por las diferentes ciudades: Londres, París, Milán, Lucerna, etc. Las cartas hacen que ella se mantenga presente en las dos orillas, en una su voz, en la otra su letra. Sin embargo, al entrar en la dinámica de la cultura europea, fundamentalmente la inglesa, afirma que la sociabilidad se proyecta por la cintura de lo escrito. Así, ella quiere escribir a sus familiares, pero es tanto el tiempo que pasa redactando notas para habitar la sociabilidad que el cometido comunicacional interoceánico se demora. En este punto, pensamos en Martyn Lyons (2016) cuando afirma que en el cruce de los siglos XIX y XX la escritura moldeó las formas del intercambio cultural en Europa y cada vez más los sectores populares fueron parte de esta lógica. Así, la cultura se ordenó por medio de la escritura y en 1899 Cecilia Grierson lo hace explícito en sus cartas, marcando con ese reconocimiento una diferencia con la cultura porteña que ella habitaba. Grierson dice que allí se escribe todo el tiempo. Justamente, ese quehacer es el que obliga a conocer y tramitar la sociabilidad a partir de las reglas de etiqueta que, si bien circulaban en Argentina, quizás no estaban tan imbricadas en las formas del trato social. En consecuencia, al ritmo de la escritura ella se fue transformando en una londinense.

En el concierto de una sociedad que se organiza por medio de la escritura, las cartas, notas, telegramas y postales son recursos de frecuente uso y el contenido de las misivas de Cecilia también lo confirma. Ella alude a álbumes de vistas (postales) que envía acompañando y complementando las descripciones epistolares o a telegramas que llegan cuando la noticia

debe ser comunicada de manera inminente. Es decir, menciona una serie de recursos epistolares para agilizar la comunicación al ritmo de las urgencias y necesidades de representación. En esta línea, las misivas de Cecilia hablan del proceso de escritura y también de los sistemas su envío. "Siento que cinco cartas, que me mandó Juan de Suiza a Como, se perdieron" (p. 114).

Partimos de una afirmación tan obvia como necesaria: más allá de las diferentes materialidades [tablilla de arcilla, papiro, papel, sobre o *email*], desde la Antigüedad al presente, la escritura epistolar es motivada por la ausencia de *alguien*. Justamente, es la construcción del objeto *carta* la que sostiene el vínculo y provoca el tráfico de saberes e ideas. Esta idea se profundiza, refuerza y populariza en el cruce de los siglos XIX y XX, incrementándose aún más al avanzar este último al calor del movimiento poblacional interoceánico. Así, las personas mantienen lazos en la distancia. En esos intercambios, las cartas cumplieron diferentes funciones, entre estas las de oficiar como diarios de viaje. Ejemplo de ello son las misivas de Cecilia. Ella escribe fundamentalmente a su hermana y en cada epístola entrelaza notas informativas, descriptivas y afectivas. Es decir, escribe para ordenar, para preguntar, para describir paisajes y costumbres que la sorprenden, pero también para quebrar la ausencia y así seguir estando entre ellos. Por eso en todas las cartas se destinan algunas líneas para reclamar la llegada de misivas o para justificar con argumentos precisos las demoras en la escritura. A medida que Cecilia entra en la dinámica de su agenda europea,

la tarea la absorbe demorando el lazo epistolar interoceánico.

Las veintinueve cartas que componen el libro son de puño y letra de Cecilia Grierson. Llegamos a saber sobre los decires de las personas remitentes por expresiones retomadas en el contenido de las misivas: “me cuentas que...”, “me dices que...”. No obstante, se desconocen las cartas que la viajera recibió durante su periplo. Precisamente, la fragmentariedad es una característica que se destaca en los epistolarios personales. Esto se debe a que, a diferencia de las instituciones o asociaciones, en general los particulares no llevaban libro copiador de sus envíos, pero también a que las cartas quedaron en el acervo particular del emisor, corriendo un destino propio y formando parte de otro repositorio, en el mejor de los casos. Asimismo, las condiciones propias del canal de comunicación también hicieron que muchas epístolas se perdieran, quedando así sin respuesta. Por ello, la fragmentariedad no es un problema cuando se trata de misivas personales, sino parte del desafío analítico. Sin embargo, nos aventuramos a afirmar que, como epistolario, las cartas de Cecilia son fragmentarias, pero no como diario de viaje. En su totalidad, esos veintinueve ejemplares recuperan el discurso de una mujer argentina que viaja con fines profesionales por diferentes países de Europa y no escatima comentarios sobre los paisajes y las prácticas socioculturales que observa y protagoniza.

Veinticuatro de las cartas reunidas en el libro publicado por Labiano fueron escritas por Cecilia a su hermana, Catalina. En el intercambio se advierte un tono familiar, amistoso y confidente

que recuerda el *cotilleo* entre hermanas. Por lo tanto, en medio de la descripción de la agenda académica y de los detalles laborales, una Cecilia recién graduada de médica expresa emociones, sentimientos, añoranzas, gustos, preferencias, apremios, padecimientos y temores. También pide consejos y pregunta. Ella proyecta regresar a Buenos Aires, rendir concursos, abrir su consultorio; planifica cuál será el mejor mes para hacerlo, pero también pregunta por la decoración y el acondicionamiento de su casa particular. Pide asesoría para comprar ropa de blanco y utensilios. Cada carta despliega un abanico de temáticas que nos van presentando diferentes facetas de Cecilia. En esta dinámica, se vuelven atractivas las expresiones intercambiadas por las hermanas. Es decir, no la médica ni la académica, sino la mujer que viaja por Europa, se fascina con la moda, se deslumbra o decepciona con los paisajes que visita y la arquitectura y el arte que observa. Es la misma mujer que se preocupa por sus vestidos y camisas ante cada presentación pública y que incursiona en la cultura inglesa del té hasta llegar a compartir el *five o'clock tea* con la reina Victoria. Esa muchacha tímida que no se anima a decir que es su cumpleaños, pero que igualmente organiza una merienda en su honor para celebrarse en secreto o brinda por el aniversario de la patria en el mes de mayo.

Finalmente, *El viaje de Cecilia Grierson* es un libro que invita a disfrutar el periplo de una mujer en viaje, los gajes del oficio de escribir cartas, pero también a avanzar en el estudio de la vida cotidiana de las integrantes del género femenino de antaño, mujeres con claros deseos de disfrutar de

la feminidad, situándose así en el campo profesional e intelectual, no como inferiores, sino como diferentes, como mujeres entre varones.

Paula Caldo

Universidad Nacional de Rosario
/ CONICET

BIBLIOGRAFÍA

- LYONS, M., 2016. *La cultura escrita de la gente común en Europa c. 1860-1920*. Buenos Aires: Ampersand.
- ZEMON DAVIS. N., 1998. ¿Quién es el dueño de la historia? La historia en la profesión. *Entrepasados*, n°14, pp. 111-118.